

H el ene Berr

Diario
1942-1944

Seguido de *H el ene Berr, una vida confiscada,*
por Mariette Job

Prefacio de Patrick Modiano

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Journal
© Éditions Tallandier
París, 2008

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture*

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Hélène Berr, foto © Memorial del Holocausto-Colección
Job

Primera edición: marzo 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7502-7
Depósito Legal: B. 35-2009

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

PREFACIO

por Patrick Modiano

Una joven camina en el París de 1942. Y como desde la primavera de este año experimenta una inquietud y un presentimiento, en abril ha comenzado a escribir un diario. Desde entonces ha transcurrido más de medio siglo, pero en cada página estamos, con ella, en el presente. Acompañamos días tras día a aquella muchacha que se sentía tan sola en el París ocupado. Su voz es tan próxima, en el silencio de aquel París...

El primer día, la tarde del martes 7 de abril de 1942, va a buscar al número 40 de la rue de Villejust, a la garita de la portera de Paul Valéry, un libro que ha tenido la audacia de pedir al viejo poeta que le dedique. Llama y un fox terrier se le abalanza ladrando. «¿El señor Valéry no ha dejado un paquetito para mí?» En la guarda, Valéry ha escrito: «Ejemplar de la señorita Hélène Berr», y debajo: «Al despertar, tan suave la luz y tan hermoso este azul vivo.»

Durante todo este mes de abril y el mes de mayo, leyendo el diario de Hélène Berr, parece que París, alrededor de ella, esté en armonía con la frase de Valéry. Hélène frecuenta la Sorbona, donde se prepara para obtener un título de inglés. Acompaña a un «chico de ojos grises» al que aca-

ba de conocer en la Maison des lettres de la rue Soufflot, donde escuchan una cantata de Bach, un concierto para clarinete y orquesta de Mozart... Camina por el Barrio Latino con este chico y otros compañeros. «El bulevar Saint-Michel inundado de sol, lleno de gente», escribe. «Desde la rue Soufflot hasta el bulevar Saint-Germain, estoy en un territorio encantado.» A veces pasa el día en los alrededores de París, en una casa de campo en Aubergenville. Aquel día transcurrió «de manera perfecta, desde la salida del sol, lleno de frescor y de promesa, luminoso, hasta la tarde tan suave y serena, tan tierna, que me ha bañado hace un rato, cuando he cerrado los postigos». Se advierte el gusto por la felicidad en esta chica de 20 años, el deseo de dejarse deslizar por la suave superficie de las cosas, un temperamento a la vez artístico y de una gran lucidez. Está impregnada de poesía y literatura inglesas y sin duda habría llegado a ser una escritora de la delicadeza de Katherine Mansfield. Al leer las cincuenta primeras páginas de su diario, casi olvidamos la época atroz en que vive. Y, sin embargo, un jueves de aquel mes de abril, después de una clase en la Sorbona, se pasea con un compañero por el jardín de Luxemburgo. Se detienen al borde del estanque. Le fascinan los reflejos y el chapoteo del agua bajo el sol, los veleros de los niños y el cielo azul: el que recordaba Paul Valéry en su dedicatoria. «Los alemanes van a ganar la guerra», le dice su condiscípulo. «¿Qué será de nosotros si ganan los alemanes?» «¡Bah! No cambiará nada. Siempre existirán el sol y el agua...» Me sentí obligada a decir: «¡Pero no a todo el mundo le dejan disfrutar del sol y del agua!» Por suerte, esta frase me ha salvado, no quería ser cobarde.»

Es la primera vez que alude a los tiempos sombríos en que vive, a la angustia que le es propia, pero de una forma tan natural y púdica que se adivina su soledad en medio

de esta ciudad soleada e indiferente. A finales de la primavera de 1942 sigue paseando por París, pero el contraste entre la sombra y la luz se vuelve más brutal, la sombra gana terreno poco a poco.

El mes de junio de 1942 comienzan para ella las penalidades. El lunes 8 debe llevar por primera vez la estrella amarilla. Siente que su gusto por la felicidad y la armonía es incompatible con la negrura y la horrible disonancia del presente. Escribe: «Hace un día radiante, muy fresco... Una mañana como la de Paul Valéry. También es el primer día en que voy a llevar la estrella amarilla. Son los dos aspectos de la vida actual: el frescor, la belleza, la juventud de la vida, encarnada por esta mañana límpida; la barbarie y el mal que representa esta estrella amarilla.» Sèvres-Babylone: Barrio Latino. Patio de la Sorbona. Biblioteca... Los mismos trayectos de siempre. Acecha las reacciones de sus compañeros. «Notaba la congoja y el estupor de todos.» En la estación de metro École militaire, el revisor le ordena: «Último vagón», el obligatorio para los viajeros que portan la estrella amarilla. Hélène nos expresa los sentimientos que le inspira esta estrella. «Estaba decidida a no llevarla. Lo consideraba una infamia y una prueba de obediencia a las leyes alemanas. Esta noche todo ha vuelto a cambiar: no llevarla me parece una cobardía con respecto a quienes la lleven.» Y al día siguiente, en su soledad, se imagina que alguien le pregunta: «¿Por qué llevas esa estrella?» Ella responde: «Para poner a prueba mi valor.»

Luego, el 24 de junio, sin subir el tono, deja constancia de la prueba que acaba de afrontar y que será determinante para ella. «Quería escribir esto anoche... Esta mañana me obligo a hacerlo porque quiero acordarme de todo.» Se trata de la detención de su padre, entregado por la policía francesa a los «asuntos judíos» de la Gestapo, y después

transferido a la prefectura de policía antes de ser internado en Drancy. Motivo: no llevaba su estrella amarilla cosida a la chaqueta. Se había contentado con sujetarla por medio de corchetes y automáticos, con objeto de ponérsela más fácilmente en todos sus trajes. Al parecer, en la prefectura no distinguen apenas entre los judíos «franceses» y los judíos «extranjeros». Raymond Berr, el padre de Hélène, ingeniero de minas, ex director de los establecimientos Kuhlmann, condecorado con la cruz de guerra y la legión de honor al mérito militar, y que es una de las ocho personas de su «raza» que se benefician del artículo 8 de la ley del 3 de octubre de 1940 («Por decreto individual adoptado por el Consejo de Estado y debidamente motivado, a los judíos que, en los ámbitos literario, científico, artístico, hayan prestado servicios excepcionales al Estado francés, se les podrá eximir de las prohibiciones estipuladas en la presente ley»), está sentado en un banco de madera, vigilado por policías. Hélène y su madre han obtenido la autorización para verle. Le han quitado la corbata, los tirantes y los cordones de los zapatos. «El agente, para tranquilizarnos, nos explicaba que era una orden porque ayer un detenido había intentado ahorcarse.»

Se ha producido entonces una rotura en el ánimo de Hélène Berr, entre la vida apacible de estudiante que llevaba y la visión de su padre vigilado como un criminal en una oficina mugrienta de la prefectura de policía. «Un abismo infranqueable», escribe. Pero el tono del diario no cambia, no hay acatamiento ni *pathos* alguno. Las frases siempre tan breves nos revelan de qué madera está hecha esta joven. El internamiento de su padre en Drancy le infunde la conciencia de todo lo que oscurece y envenena el París del verano de 1942 y que, sin embargo, sigue siendo invisible para los que están absortos en sus preocupaciones

cotidianas o para los que han elegido cerrar los ojos. Hélène, en cambio, los mantiene abiertos de par en par. Una joven tan artística, tan delicada, habría podido desviar la mirada en un reflejo de protección o un gesto de pavor, o incluso refugiarse en zona libre. Ella, por el contrario, no se escabulle y, en un movimiento espontáneo, se solidariza con el sufrimiento y la desgracia. El 6 de julio de 1942 se presenta en la sede de la UGIF para que la contraten como asistente social voluntaria en los servicios de internados del campo de Drancy y del de Loiret. Todos los días estará en contacto con las familias desmembradas por las detenciones y será testigo directo de todo el horror cotidiano, el del «Vél d'Hiv», el de Drancy y el de las partidas al amanecer en los trenes de mercancías de la estación de Bobigny. Uno de los responsables de la UGIF le dijo a ella y a sus dos amigas: «¡No se os ha perdido nada aquí! Si queréis mi consejo, marchaos.» Pero ella se queda. Ha cruzado la raya con un impulso irreversible.

Su valentía, su rectitud, su corazón límpido me recuerdan el verso de Rimbaud:

Por delicadeza
he perdido mi vida.

Presintió el carácter fatídico de su iniciativa. Escribe: «Vivimos hora tras hora, ya no semana tras semana.» Escribe también: «Tenía un deseo de expiación, no sé por qué.» Pensamos en la filósofa Simone Weil y determinadas páginas del diario de Hélène, este diario que ella considera una carta dirigida a su amigo Jean, el chico de «ojos grises» del Barrio Latino, y del que ni siquiera sabe si lo leerá algún día. El diario recuerda a veces las cartas desgarradoras de Simone Weil a Antonio Atarés, por la misma

 poca. S , Simone Weil habría podido escribir esta frase de H el ene: «Las amistades que se han forjado aquí, este año, tienen la impronta de una sinceridad, una hondura y una especie de ternura grave que nadie podrá conocer nunca. Es un pacto secreto, sellado en la lucha y las penalidades.» Pero, a diferencia de Simone Weil, H el ene Berr es sensible a la felicidad, a las mañanas radiantes, a las avenidas soleadas de París que se recorren con la persona amada, y la lista que confecciona de sus libros de cabecera no incluye a ningún filósofo, sino a poetas y novelistas.

Su diario se interrumpe durante nueve meses. Lo reanuda definitivamente en noviembre de 1943. Su hermosa letra perfilada, tal como se ve en el manuscrito, se ha vuelto aguda, irregular. Nada más sugerente que ese interludio de silencio de nueve meses que nos revela la extrema gravedad de lo que ha visto y sentido. Anota: «Han detenido a todos mis amigos de la oficina.» Un leitmotiv se repite en su pluma: «Los demás no saben...» «La incompresi n de los demás...» «Tampoco puedo hablar porque no me creerían...» «Hay demasiadas cosas de las que no se puede hablar...» Y esta brusca confidencia: «Nadie sabr  nunca la experiencia devastadora que he vivido este verano.»

Y también: «En este momento vivimos la historia. Bien orgullosos podrán estar quienes la reduzcan a palabras.  Sabr n que una línea de su disertación encubre sufrimientos personales?» Tras este largo silencio, su voz es cada vez más clara, pero a partir de aquí nos habla desde más lejos, casi tan lejos como Etty Hillesum en sus *Cartas desde Westerbork*. No ha franqueado aún el último círculo del infierno. En esta ciudad por la que camina la emocionan siempre algunos signos amistosos y relajantes: la puertecita de las Tullerías, las hojas sobre el agua, toda la belleza luminosa de París... Va a la librería Galignani a comprar *Lord Jim* y el

Viaje sentimental. Pero cada vez con m as frecuencia, gracias a las breves indicaciones que nos da, comprendemos tambi en que la atrapan bruscamente los agujeros negros de la ciudad, las zonas malditas cuyos nombres de calles vuelven a aparecer en su diario. Rue de la Bienfaisance. All , en sus despachos, serán detenidas las asistentes sociales como ella y su amiga Françoise Bernheim. H el ene Berr escapar  por azar a esta redada. Rue Claude-Bernard. Un patronato de niños y adolescentes donde los siniestros policías de los «asuntos judíos» registrarán y saquear n las maletas confiscadas a quienes partían deportados. Rue Vauquelin. Una residencia de chicas que serán detenidas y deportadas justo antes de la liberación de París. El centro de la rue  douard-Nortier, en Neuilly. H el ene lo frecuenta para ocuparse de los niños, llevarles de paseo y, cuando est n enfermos, a los Enfants-Malades, rue de Sèvres, o al hospital Rothschild, rue de Santerre. Entre ellos, el pequeño Doudou Wogryb, «de sonrisa radiante», la pequeña Odette, el pequeño André Kahn, «al que yo cogía de la mano, uno de mis niños de Neuilly que adoro», y el de 4 años del que ni siquiera se sabía el nombre... La mayoría serán deportados el 31 de julio de 1944.

Una tarde quise recorrer estas mismas calles para comprender lo que podría haber sido la soledad de H el ene Berr. La rue Claude-Bernard y la rue Vauquelin no están lejos del jardín de Luxemburgo y en el lindero de lo que un poeta llamaba el «Continento Contrescarpe», una especie de oasis en París, y cuesta imaginar que el mal se infiltrase hasta allí. La rue  douard-Nortier est  cerca del bosque de Bolonia. Sin duda había tardes en 1942 en que la guerra y la ocupación parecían lejanas e irreales en estas calles. Salvo a una joven llamada H el ene Berr, que sabía que se hallaba en lo más profundo de la desdicha y la bar-

barie: pero era imposible decírselo a los transeúntes amables e indiferentes. Por tanto, escribía un diario. ¿Tenía el presentimiento de que muy lejos, en el futuro, lo leerían? ¿O temía que ahogasen su voz como la de millones de personas exterminadas sin dejar rastro? En el umbral de este libro, ahora hay que callarse, escuchar la voz de Hélène y caminar a su lado. Una voz y una presencia que nos acompañarán toda la vida.

Diario de Hélène Berr

*Esto es mi diario.
El resto se encuentra en Aubergenville.*

1942

Martes, 7 de abril
4 horas

Vuelvo... de casa de la portera de Paul Valéry. Por fin me he decidido a ir a buscar mi libro. Después de comer, el sol brillaba; no había amenaza de chubasco. Tomo el 92 hasta l'Étoile. Al bajar la avenida Victor Hugo han empezado mis aprensiones. En la esquina de la rue de Villejust, he tenido un momento de pánico. Y de inmediato la reacción: «Tengo que asumir la responsabilidad de mis actos. *There's no one to blame but you* [Sólo puedes culparte a ti misma].» Y he recobrado toda mi confianza. Me he preguntado cómo había podido tener miedo. La semana pasada, incluso hasta este momento, esto me parecía totalmente natural. Es mamá la que me ha intimidado al mostrarme que estaba muy asombrada de mi audacia. De lo contrario me parecía muy normal. Siempre mi estado de semiensueño. He tocado el timbre del 40. Un fox terrier se abalanza sobre mí ladrando, la portera le llama. Me pregunta con aire desconfiado: «¿Qué desea?» Le respondo con mi tono más natural: «¿El señor Valéry no ha dejado

17

un paquetito para mí?» (No obstante, *a distancia*, yo me asombraba de mi aplomo, pero desde muy lejos.) La portera ha entrado en su garita: «¿A qué nombre?» «Señorita Berr.» Se ha dirigido hacia la mesa. Yo sabía de antemano que estaba allí. Ella rebusca y me entrega el paquete, envuelto con el mismo papel blanco. Le digo: «¡Muchas gracias!» Muy amable, me responde: «A su disposición.» Y me he ido, con el tiempo justo de ver que mi nombre estaba escrito con una letra muy clara, en tinta negra, sobre el paquete. Lo he deshecho en cuanto he llegado al otro lado de la puerta. En la guarda, había escrito con la misma letra: «Ejemplar de la señorita Hélène Berr», y debajo: «Al despertar, tan suave la luz y tan hermoso este azul vivo», Paul Valéry.

Y el júbilo me ha inundado, una alegría que confirmaba mi confianza, que armonizaba con el sol alegre y el cielo azul completamente límpido por encima de las nubes algodonosas. He vuelto a pie, con un pequeño sentimiento de triunfo al pensar lo que dirían los padres, y la impresión de que en el fondo lo extraordinario era lo real.

* * *

Ahora espero a Miss Day, que viene a merendar. El cielo se ha oscurecido de repente, la lluvia fustiga los cristales; se diría que es grave, ahora mismo ha habido un relámpago y truenos. Mañana tenemos que ir de picnic a Aubergenville con François y Nicole Job, Françoise y Jean Pineau, Jacques Clère. Al bajar la escalera de Trocadero, pensaba en mañana con alegría; al fin y al cabo habría muchos claros. Ahora mi alegría se ha ensombrecido. Pero el sol volverá a salir. ¿Por qué este tiempo es tan inestable? Es como un niño que ríe y llora a la vez.

* * *

Anoche me dormí después de haber leído la segunda parte de *El monzón*. Es magnífico. A medida que avanzo descubro la belleza de este libro. Anteayer era la escena entre Fern y su madre, las dos viejas. Anoche era la inundación, la casa de los Bannerjee y los Smiley. Tengo la sensación de vivir entre estos personajes. Ransome es ahora un viejo conocido, es muy atractivo.

* * *

La excitación de mañana ha ocupado la noche. No era un desbordamiento, sino una especie de alegría subyacente que a veces olvidabas y que volvía suavemente a ratos. Los preparativos eran como para un viaje. El tren sale a las ocho y treinta y tres. Hay que levantarse a las seis cuarenta y cinco.

* * *

Miércoles, 8 de abril

Vuelvo de Aubergenville. Hasta tal punto saciada de aire libre, de sol brillante, de viento, de aguaceros, de cansancio y de placer que ya no sé dónde estoy. Sólo sé que he tenido una crisis depresiva antes de cenar, en la habitación de mamá, sin causa normal o visible, pero cuyo origen era la tristeza de ver que se acababa este día maravilloso, de separarme completamente de su atmósfera. Nunca he podido acostumbrarme a que las cosas agradables tengan fin. No me esperaba esta crisis de desesperación. Creía haber olvidado estas chiquilladas, pero me ha ocurrido sin que me

diera cuenta, sin que tampoco intentara combatirlo. Y además al volver he encontrado una carta de Odile y otra de Gérard,¹ ésta malvada, hiriente. Se burla de mí, de mi carta. Ya no me acuerdo de qué se trataba, pero pensaba que él me entendería. Voy a responderle en el mismo tono.

* * *

Los ojos se me cierran aunque no quiera. El día desfila a jirones por mi mente embrutecida, vuelvo a ver la partida en la estación bajo un chaparrón y un cielo gris; el viaje en tren con las bromas alegres, la impresión de que todo iba a salir bien este día, el primer paseo por el jardín con la hierba mojada, bajo la lluvia, y la brusca aparición del pequeño campo, la partida de *deck tennis* antes de comer, la mesa de la cocina y el almuerzo muy animado y divertido, y luego todos han ayudado a fregar los platos, Françoise Pineau los secaba metódicamente, Job los ponía en su sitio, con la pipa en la boca. Jean Pineau ordenaba un tenedor o un plato al mismo tiempo y se reía cada vez que le atrapábamos, abriendo los brazos con aire evasivo; el paseo por la carretera de la meseta, a pleno sol, el chubasco recio y breve, mi conversación con Jean Pineau, el regreso al pueblo, donde nos hemos encontrado con Jacques Clère, el paseo hasta Nézel, bajo un cielo límpido, y un horizonte cada vez más amplio y luminoso, la merienda simpática con el chocolate sin azúcar e insípido, el pan, la mermelada; la sensación de que todos éramos felices, el regreso con Denise y las dos Nicole² apretujadas sobre una banqueta para que Job se pudiera sentar con nosotros, mis

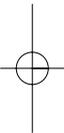
1. Odile Neuburger y Gérard Lyon-Caen.

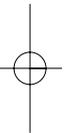
2. Una prima de Hélène y su cuñada. Véase p. 287.

mejillas ardiendo; la hermosa cara de Jean Pineau enfrente de mí, con sus ojos claros y sus rasgos enérgicos, las despedidas en el metro y las sonrisas que expresaban el placer sincero y franco del día. Todo esto me parece a la vez extrañamente cercano y extrañamente lejano. Sé que se ha acabado, que estoy aquí, en mi habitación, y al mismo tiempo oigo las voces, veo los rostros y las siluetas como si estuviese rodeada de fantasmas vivos. Es porque el día no es ya del todo presente y no es aún pasado. La quietud a mi alrededor bulle de recuerdos y de imágenes.

* * *

Jueves por la mañana, 9 de abril

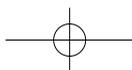
 Me despierto a las siete. Todo se embrollaba en mi cabeza. La alegría de ayer, la decepción de anoche, el estado de *unpreparedness* [incapacidad de reaccionar] en que me encuentro para el día de hoy, no habiendo previsto nada anteayer para más allá de este día, mi irritación contra Gérard que, si la razono, desaparece porque en el fondo tiene razón en burlarse de mí; la cara seria y apasionada a la vez de Jean Pineau en el tren; el pensamiento de que Odile se ha ido definitivamente, en el momento justo en que había una plenitud y nuestra amistad empezaba a ser más profunda. ¿Qué voy a hacer sin ella ahora?



* * *

Sábado, 11 de abril

Esta noche he tenido unas ganas tremendas de mandarlo todo a paseo. Ya estoy *harta* de no ser normal; harta



de no sentirme ya libre como el aire, como el año pasado; harta de sentir que no tengo derecho a ser como antes. Me parece que estoy atada a algo invisible y que no puedo apartarme de ello a mi antojo, llego a odiar esa cosa y a deformarla.

Lo peor es que ante mí misma me siento totalmente libre e igual, pero ante los demás, mis padres, Nicole, el propio Gérard, estoy *obligada* a interpretar un papel. Porque a pesar de todo lo que pudiera decirles seguirán convencidos de que mi vida ha cambiado. Cuanto más tiempo pasa, más se agranda el abismo entre estos dos mundos. Está el yo que ahora aspira con todas sus fuerzas a volver a ser lo que antes era, lo que sería si nada hubiera ocurrido; y el yo que los demás piensan necesariamente que me ha reemplazado. Quizá este último yo sea un producto de mi imaginación. No, no lo creo.

Cuanto más tiempo pasa, más se deforma la situación para mí. ¿Por qué la considero ahora un malestar del que huyo casi con la cabeza gacha?

Por eso esta noche, cuando al volver encuentro la carta en que Gérard me anunciaba que ya no nos veríamos hasta el otoño, he llorado, por primera vez desde hace meses. No porque estuviera apenada, sino porque estoy realmente harta de este malestar sordo. Estoy tan harta de esta situación falsa, falsa con respecto a él, con respecto a mis padres, con respecto a Denise, Nicole, Yvonne. Esperaba que al menos su visita lo aclararía todo. Pero que todavía tenga que vivir así toda la primavera y todo el verano... Y no se lo puedo explicar a nadie. Al levantar la cabeza he sentido ganas de lanzar un desafío a no sé qué, me he dicho que me vengaría; que lo pasaría en grande, sin remordimientos, puesto que es así; y luego he ocultado la noticia bajo el revoltijo de

la vida actual, para «pensarlo mañana», porque sabía muy bien que era una mala noticia.

Tengo perfecta conciencia de que lo deformedo todo, incluso a mí misma, ¿de dónde viene esto?

Al principio: el análisis me lleva siempre a esta misma conclusión, que no puedo decidir *nada* antes de volver a verle y conocerle mejor.

Todo el mundo está de acuerdo en admitir esto; sólo que lo que no creo que los padres comprendan es que esta conclusión se haya convertido para mí en absoluta y sin reservas; que no sepa *en absoluto* nada de lo que ocurrirá; que no quiero absolutamente ninguna solución, que espero, como si fuera el resultado de un partido que yo no jugase.

Esto procede sin duda de mi incapacidad para aceptar una situación no definida. Me gusta analizarla, quizá para liberarme y ser otra vez normal. Esto se parece mucho al fastidio que me causa todo trastorno de la vida habitual. Denise diría que soy «casera».

Por tanto, desde que he llegado a esta conclusión espero este partido que se ha convertido en algo totalmente indiferente y exterior; es lo único que aguardo.

Lo malo es que a pesar de todo es una tensión que a la larga se vuelve insoportable. Por eso no he podido soportar la idea de que tuviera que prolongarse.

Por eso ha llegado a horrorizarme toda esta historia y la caricaturizo casi voluntariamente. En el fondo no quiero cambiar; es inevitable que se produzca un cambio en cosas de este estilo. Pero el cambio tiene que ser brusco, y sobre todo inundado de alegría, como debe estar cuando todo está bien.

Esta noche, si quisiera, podría arrojarme sobre mi cama y llorar, y decir a mamá que quiero aferrarme con todas mis fuerzas a lo que yo era antes. Y mamá seguramente me consolaría y yo me dormiría con el sabor de las lágrimas y tam-

bién con la calma de la paz. Pero mamá entonces se preocuparía un poco más en la habitación de al lado.

Y ni siquiera sé si yo podría hacer esto. Sería *self-pity* [autocompasión], y me he vuelto dura conmigo misma, porque creo que nada es más necesario en este momento. Es solamente por esto: porque no sería la dignidad la que me impidiese hacerlo. La dignidad con mamá sería un crimen. Tampoco es porque yo fuera a exhibir y explotar una emoción o un sentimiento que en el fondo no experimentase, para llegar a este resultado inevitable: volverlo *cheap* [lastimoso]. Porque todo lo que yo dijese sería totalmente sincero y cierto. Pero no quiero apenar a mamá. Esta misma tarde papá ha recibido un aviso de expoliación¹ y mamá carga con todo esto y lo oculta todo.

It sufficeth that I have told thee [Me basta con haberte hablado de ello], mi hoja de papel; ahora todo va mejor.

* * *

Pensemos en otra cosa. En la belleza irreal de este día de verano en Aubergenville. El día ha transcurrido de manera perfecta, desde la salida del sol, lleno de frescor y de promesa, luminoso, hasta la tarde tan suave y serena, tan tierna, que me ha bañado hace un rato, cuando he cerrado los postigos.

Esta mañana, al llegar, después de haber pelado las patatas, me he escapado al jardín, segura del placer que me

1. La expoliación o «arianización económica» es la confiscación de las propiedades, los inmuebles, las empresas pertenecientes a judíos. Una serie de medidas adoptadas conjuntamente por el ocupante alemán y el gobierno de Vichy a partir del otoño de 1940 privan gradualmente a los judíos de sus bienes, en lo sucesivo gestionados por administradores provisionales.

esperaba. He reencontrado las sensaciones del verano pasado, frescas y nuevas, que me aguardaban como unas amigas. La luz fulminante que emana del huerto, el alborozo que acompaña a la subida triunfal en el sol matutino, el júbilo, renovado a cada instante, de un descubrimiento, el perfume sutil de los arbustos en flor, el zumbido de las abejas, la aparición repentina de una mariposa de vuelo vacilante y un poco ebrio. Yo *reconocía* todo esto con una alegría singular. Me quedé soñando en el banco allá arriba, dejándome acariciar por aquella atmósfera tan suave que me derretía el corazón como si fuese de cera; y a cada momento percibía un esplendor nuevo, el canto de un pájaro que se ejercitaba en los árboles todavía pelados y al que aún no había prestado atención, y que de pronto poblaba el silencio de voces, el arrullo lejano de las palomas, el piar de otros pájaros. Me divertí observando el milagro de las gotas de rocío sobre la hierba; girando un poco la cabeza las veía cambiar su color del diamante al esmeralda y después al oro rojo. Una de ellas incluso se convirtió en rubí, parecían faros pequeños. De golpe, al echar hacia atrás la cabeza para ver el mundo al revés, vi la armonía maravillosa de los colores del paisaje que se extendía ante mí, el azul del cielo, el azul tenue de las colinas, el rosa, el negro y los verdes neblinosos de los campos, los pardos y los ocre tranquilos de los tejados, el gris apacible del campanario, todos ellos bañados en una suavidad luminosa. Sólo la hierba fresca y verde a mis pies ponía una nota más cruda, como si fuera el único ser vivo en aquel paisaje de ensueño. Me dije: «En un cuadro, este verde resultaría irreal, con todos esos coloridos de pastel.» Pero era auténtico.

* * *

Miércoles, 15 de abril

Escribo aquí porque no sé con quién hablar. Acabo de recibir una carta casi desesperada, llena de amargura y de desaliento. Mi primer sentimiento al leerla ha sido casi de triunfo, al ver que él también estaba como yo. El segundo ha sido de terror, al ver que no puedo accionar a mi antojo el gatillo de mis propios sentimientos sin que otro ser humano sufra.

Hay frases que me han estremecido –su camino diverge del mío..., vamos derechos a un callejón sin salida...– porque he tenido la brusca sensación de que confirman intuiciones vagas y oscuras que yo siempre había tenido. Y ahora tengo miedo.

¿Qué hay que hacer? Los dos estamos afligidos. Pero no podemos compartir la pesadumbre como podrían hacerlo otras dos personas, porque si trato de consolarle le diré únicamente que soy como él, ¿y eso no le producirá más congoja? Si pongo ternura en mi respuesta, mentiré o será sentimentalismo.

Al mismo tiempo tengo la impresión de tener delante a un desconocido, un carácter de hombre, y que no poseo ninguna experiencia, y que no sé cómo actuar con él.

Mamá es la única que podría ayudarme. Pero sé que pensaría en papá, que me citaría analogías en el caso de papá, y no comprenderá por qué me retraigo cuando pone a Gérard en el lugar de papá. Yo no puedo verlo como algo similar.

Él me habla con entusiasmo de mis cartas. Por eso su camino diverge del mío. Pero ¿no comprende que si le envío «descripciones de paisajes» es porque no puedo hablar de otra cosa, de mis sentimientos, que no son seguros como los suyos? Pero esto tampoco puedo explicárselo.

A ratos se apodera de mí una desesperación sosegada. Pienso: siempre he sabido que no estábamos hechos el uno

para el otro. Yo lo sentía y me asustaba cuando veía que los demás preveían otra cosa; tengo algo de hindú en mi temperamento.

¡Dios mío! ¿Qué hay que hacer? ¿Qué voy a responder?
El final de su carta es cínica. Pero ni siquiera me afecta. ¡Si él lo supiera!
¿Por qué la vida se ha vuelto tan complicada?

Miércoles, 15 de abril

He trabajado todo el día, para huir. He conseguido olvidar. Tres horas después, emergía de un mundo lejano y me ha parecido que todo esto volvía a carecer de consistencia.

He trabajado también toda la tarde, pasando a máquina mi capítulo sobre Bruto. El sol era tan fuerte que he cerrado las contraventanas. Fuera, era la coronación del verano.

Salgo a las cuatro, de lleno en el calor veraniego —extraña sensación—, voy a la Sorbona, a la sesión Escarpit. Esto me recordaba el período de exámenes del año pasado, y sin embargo me siento más libre, más errante, menos agobiada.

Terminé *El monzón* antes de dormirme. Pero he dormido muy mal.

Jueves, 16 de abril

Esta mañana he ido a la Sorbona para despejarme un poco. He sufrido una decepción porque esperaba ver a Sparkenbroke.¹ Pero le he visto esta tarde; he llegado de-

1. Hélène Berr da a sus amigos el nombre de héroes de novela. Aquí, André Bay es Sparkenbroke, como el héroe de la novela de Charles Morgan. Jean Morawiecki, por su parte, es Lanzarote del Lago.

masiado pronto, naturalmente. He subido un instante a la biblioteca y al bajar oigo a alguien cantando a voz en grito en la escalera. Era Escarpit, que estaba abajo con su novia. Cantaba, probablemente porque estaba contento; contento de su felicidad, de su trabajo. Es un chico maravillosamente equilibrado. A pesar de no ser *muy* culto, refleja salud moral, intelectual. Me paro en seco al pie de la escalera al reconocerle. Él se ríe sin azorarse lo más mínimo, yo me río, su novia se ríe. Una ola de simpatía me ha invadido.

Espero en el patio, charlando con Charlotte Brontë, la chica que se ha especializado en Charlotte Brontë. Es muy agradable. Posee también esa cualidad indefinible de los estudiantes que veo, la de hacerte sentir que te aprecian.

La clase de Cazamian incluía una disertación de un chico que tiene un aire astuto y chistoso sobre el lirismo de Shelley. No la he seguido muy bien, pero *sentía* que lo que él decía estaba lleno de ardor y de poesía. El elogio de Cazamian ha confirmado mi intuición. Pero yo no tenía paciencia para escuchar. Me he ido a las once y cuarto. He ido a secretaría a que me renueven el carné y he vuelto.

Después de comer voy con mamá en coche a la consulta del doctor Redon, que me ha cortado algunas láminas de piel del dedo para expulsar la invisible gota de pus, y luego bajo el bulevar Saint-Michel inundado de sol, lleno de gente, recobrando mi alegría familiar, maravillosa, al acercarme a la rue Soufflot. A partir de aquí, hasta el bulevar Saint-Germain, estoy en territorio encantado.

Por eso apenas me asombra que, al dejar a mamá en la parada del S, me tope de narices con Jean Pineau. Me estrecha la mano; yo retiro mi dedo enfermo sin que él se dé cuenta. Tenía la cara toda rosa, ¿quizá por el placer del encuentro? No tengo ni idea. Yo estaba encantada. Pero sólo

después me he percatado de lo maravilloso de este encuentro. Él me coge el libro —el Hugo von Hofmannsthal— que en realidad yo quería enseñar a Sparkenbroke. Él ha estado brusco, pero alegre, imposible de definir. Nos separamos casi de inmediato, él subía el bulevar y yo iba al Instituto. Eran las tres y diez, yo tenía pensado asistir a la clase de Delattre.

Entro en el anfiteatro y veo a Sparkenbroke en su palco. Me siento en mi sitio habitual, al lado de una chica gruñona. Delattre hablaba de todos, yo no le escuchaba, miraba mi sombra en el sol. A y media, hay el barullo que precede a la explicación del texto, mi vecina pasa por delante de mí para salir. Me levanto para dejarla pasar y veo que Sparkenbroke me hace señales que querían decir: «¿Te quedas?» Le respondo que no, y hemos salido al sol. Me ha invadido un extraño alivio. No haberle visto me habría frustrado mucho, es el único resplandor de luz en este infierno en que vivo, el único modo de aferrarme a mi vida normal, de evadirme.

Él dice: «¿Vamos al Luxemburgo?» Miro el reloj, Françoise Masse venía a merendar. Pero no lo he dudado. Él vuelve al anfiteatro a recoger su cartera y nos marchamos. El extraño paseo por las calles conocidas que ya no reconocía, como si de golpe fueran distintas, la rue de l'École-de-Médecine, la rue Antoine-Dubois, la rue de Médicis. Él hablaba de su proyecto de escribir un *Chantecler y Pertelope*, su voz me parecía negligente, sus entonaciones, mi timidez habitual, y poco a poco se ha restablecido la normalidad. En el Luxemburgo nos paramos al borde del estanque, donde navegaban decenas de veleros; sé que hemos hablado, pero sólo conservo un recuerdo de la fascinación que ejercía sobre mí el centelleo del agua bajo el sol, el ligero chapoteo y las ondas que rebosaban de ale-

gría, la curva graciosa de los pequeños veleros bajo el viento y, por encima de todo, el gran cielo azul tembloroso. A mi alrededor había una multitud de niños y de adultos. Pero lo que me atraía era el agua centelleante. Incluso cuando yo hablaba, veo ahora que era ella la que ocupaba mi mente. Sin embargo, tenía ganas de discutir, porque Sparkenbroke me decía: «Los alemanes van a ganar la guerra.» Le he dicho: «¡No!» Pero no sabía qué otra cosa decir. Sentía mi cobardía, la de no defender ya ante él mis creencias; entonces he reaccionado y exclamo: «Pero ¿qué será de nosotros si ganan los alemanes?» Él hace un gesto evasivo: «¡Bah! No cambiará nada» —yo *sabía* de antemano que él me respondería esto—. «Siempre existirán el sol y el agua...» Yo estaba tanto más irritada porque en el fondo de mí misma, en aquel instante, sentía también, delante de la belleza, la vacuidad suprema de todas estas discusiones. Y sin embargo sabía que cedía a un hechizo maligno, renegaba de mí misma, sabía que me reprocharía esta cobardía. Me sentí obligada a decir: «¡Pero no a todo el mundo le dejan disfrutar del sol y del agua!» Por suerte, esta frase me ha salvado, no quería ser cobarde.

Porque ahora sé que es una cobardía, no tenemos derecho a pensar sólo en la poesía en la tierra; es una magia, pero sumamente egoísta.

Después él empieza a hablar de los veleros, de los árboles de Aubergenville, de sus juegos de infancia, mi malestar ya había pasado. En la verja encuentra a un compañero, yo me alejo y poco después veo a Jacques Weill-Raynal, con el que hablo un momento. Spark se ha reunido conmigo y salimos. Dice: «Es curioso, cuando yo me encuentro a un amigo, usted encuentra a otro.» Luego, más tarde, me dice que no le gustaría encontrarse a su mujer; como él siempre me había hablado con desenvoltura, he intentado decirle,

con el mismo tono: «¿Por qué? ¿Se enfadaría?» Pero él me ha dicho entonces que ella esperaba un hijo y que estaba bastante nerviosa.

Entonces algo se ha oscurecido, es ese algo que seguía amenazando con alterar la atmósfera límpida, tan extraña y tan maravillosa, ese algo que, de golpe, me haría ver todo desde el punto de vista de «las demás personas», porque ahora sé que no debo continuar, aunque su mujer no tenga en absoluto motivos para estar celosa, podría dolerle. Y si yo supiese que le dolía, quizá eso cambiaría todas mis ideas y toda la belleza ideal de nuestro trato. Ahora algo ha terminado.

Al bajar el bulevar Saint-Michel, él hablaba de sus amigos, todos ellos casados y padres de familia. Le digo: «Sí, todos los chicos se casan jóvenes.» Y la conversación ha seguido por ese terreno. En un momento dado digo: «En el fondo no es difícil casarse, lo difícil es encontrar la verdadera felicidad...» Ahí he buscado las palabras, titubeando. Él ha respondido: «Yo nunca he creído en eso.» Le respondo, con fuerza: «Yo todavía creo, y no quiero que me quite mis ilusiones.» He tenido de pronto una sensación de aislamiento. En el fondo él también era muy diferente de mí. Al final del bulevar Saint-Michel hablamos de nuestra filosofía de la vida, me dice que para él todo es interesante, cualquier cosa... «Para mí no, no soy una dilettante, busco lo bello, lo perfecto, separo las cosas bellas de las otras. Tengo aún una escala de valores, no he llegado todavía a la fase en que todo se vuelve digno de interés.» Luego hablamos de que el pensamiento es incomunicable, de la transmisión del pensamiento. Me deja en la boca del metro, yo estaba deslumbrada por el sol. Me dice: «Vendré mañana.» Yo dudo; de repente sentía la inutilidad de verle, más bien ya no encontraba en mí el deseo de volver

a verle; le digo. «Creo... que también vendré.» Se ha marchado. De pronto me doy cuenta de que yo no tenía ni dinero ni billetes de metro. Sólo podía hacer una cosa: correr tras él. Caminaba despacio, como reflexionando. Le alcanzo y le explico riendo lo que me pasa. Él ha esbozado su sonrisa maliciosa y ha sacado un taco de billetes. De repente todo ha vuelto a ser como antes.

Pero esta noche siento que esto también me abandona, que hay una discordancia aquí. Y lo único que me parece puro, sano y fresco en esta jornada es el encuentro con Jean Pineau.

Y, sin embargo, todavía soy joven, es una injusticia que se trastorne todo lo que es límpido en mi vida, no quiero «tener experiencia», no quiero llegar a hastiarme, a desengañarme, a envejecer. ¿Qué me salvará?

He hablado mucho, mucho tiempo con Françoise Masse. Le he enseñado mis libros, mi título académico. En algunos momentos yo tenía conciencia de la desesperación que me acechaba. Cuando ella me ha dicho que Georges le había escrito que Gérard era cada vez más misántropo, me ha herido en lo vivo, porque estoy en carne viva. ¿Por qué Françoise venía a confirmarme que yo ahora había arrastrado a otro, que mis actos no sólo me afectaban a mí, que ya no era libre? Porque la libertad, incluso en el sufrimiento, es un consuelo.

* * *

Domingo, 19 de abril
12 horas

Acabo de escribir esta carta. Me siento lavada por un acceso de lágrimas.

Y mi dedo me causa un sufrimiento físico que no le agradezco.

He ido hace poco a la rue de la Chaise. Redon me hace una incisión muy pequeña, porque me dolía muchísimo. Dice que no es nada.

* * *

Esta tarde he trabajado vagamente en mi capítulo de *Antonio y Cleopatra*. Pero toda mi desesperación de anoche había desaparecido. Lisette Léauté, que por supuesto se había equivocado de domingo para la orquesta, viene a charlar conmigo en mi habitación; yo estaba despeinada, sin medias, pero a los Léauté todo esto les importa poco. Ha sido muy agradable.

Después he ido a reunirme con Denise en casa de los Job. Breynaert, ella y François tocaban el trío de Schumann. Poco después llega Sennizergues, el compañero de Job y Daniel. La merienda ha sido suntuosa, había un helado maravilloso. Me marcho a las cinco y media para ir a casa de Francine Bacri; el metro sofocante, pegajoso. En casa de los Bacri estaba su padre en bata, Jeanne Audran y sus padres y una amiga de Francine que conozco de vista, con su madre. Hablamos de política, cómo no.

* * *

Lunes

Al acostarme anoche, tuve de nuevo la sensación de que tenía el dedo atrapado en la pinza de una langosta. Sólo he dormido a base de aspirinas.

Pero qué extraño: este dolor físico me da la impresión

33

de concentrar en sí toda mi maldad y mi malestar moral. Me libera, es saludable. Corresponde a un gran cambio. No sé si quiero a Gérard o no; pero todos los pensamientos malvados sobre él han desaparecido de mi cabeza. Cuando pienso en él es casi como en una cosa sagrada que ya no quiero tocar.

* * *

Paso toda la mañana terminando la redacción del capítulo sobre *Antonio y Cleopatra*. Después de comer vuelvo con mamá a ver a Redon, tenía el dedo muy feo. Me ha puesto cuatro inyecciones para anestesiar me. No me ha producido una sensación muy agradable. Cuando me he levantado para ir a sentarme en la consulta, esperando a que transcurrieran los diez minutos de inmovilización necesarios, estaba toda aturdida. Cuando ha empezado a hacerme la incisión era como si estuviera a diez kilómetros de mí; no he mirado, pero mamá miraba y a juzgar por sus muecas he comprendido que no era muy bonito. En un momento dado he visto que levantaba cosas con una tenacilla. Pero mi dedo no me pertenecía.

Voy luego a la biblioteca a cumplir mi guardia.¹ Por supuesto, he despertado mucha curiosidad. Pero Vivi Lafon ha sido tan encantadora que le estoy muy agradecida. Me han cuidado como a un bebé. Han venido Nicole y Denise. Me ha dolido mucho cuando ha pasado el efecto de la anestesia, pero después se ha calmado.

Después de cenar, desde la cama dicto a Denise el comienzo de mi capítulo. Pasamos una velada muy agradable, incluso casi excelente.

1. Hélène Berr es bibliotecaria voluntaria en el Instituto de inglés de la Sorbona. Para sus lecturas, véase p. 289.

Martes, 21 de abril

Esta mañana seguimos tecleando y dictando. Denise me dice que está muy bien. Estoy muy contenta y tengo miedo a la vez. Después e ido a la Sorbona. Jas viene a comer. He pensado que estallaría en la comida, de tanto como mamá ha discutido con él.

Por la tarde lucho contra el sueño y el entumecimiento. ¿Es porque amenaza tormenta? ¿Es por lo del dedo? Odile se reiría si estuviera aquí: porque hoy es martes. Todo el año el martes ha sido un día desperdiciado. Pero Odile no está. Me duermo trabajando encima de la mesa, tengo muchas ganas de volver a empezar. No tengo valor de releer *Coriolano*; he ido a la rue Saint-Dominique para que me arreglen el estuche del violín. Tomo té con la esperanza de despejarme. Pero no hay nada que hacer, estoy completamente embotada.

Miércoles, 22 de abril

He recibido dos cartas.

Paso toda esta semana: por la mañana redactando mi trabajo, por la tarde perdiendo el tiempo, por la noche deplorando mi trabajo, después de cenar tecleando horrorizada por mi incapacidad para expresarme. Por la mañana me despierto a las siete y toda mi frescura intelectual, que reservaba para poder trabajar, desaparece cuando me levanto.

Vivo como en un mal sueño, ya no sé en qué día estoy, no sé cómo ha pasado el tiempo.

Viernes, 24 de abril

Voy a comer a casa de Jean y Claudine, es el único punto luminoso de esta semana. Me quedo con ellos hasta

las cuatro, tocando el violín. Jean leía dos capítulos de mi trabajo, está más simpático que nunca. Sin embargo, me intimida un poco, y siento que yo lo intimido a él. Pero es maravilloso.

He vuelto aquí, y como de costumbre, en medio de la tarde, estoy completamente desconcertada. Vuelvo a salir a las seis para ir a ver al doctor Redon. En el bulevar de Montparnasse, en medio de esa multitud sentada en las terrazas de los cafés, o que circula ruidosamente, tengo una sensación de soledad y de melancolía horrible. Sólo me recupero al ver los árboles espléndidos del Petit-Luxembourg.

Sábado, 25 de abril

He recibido una carta de Gérard, parece trastornado. De repente hay algo grave entre nosotros. ¿Cómo acabará esto? Sólo pienso en él con una especie de ternura extraña.

Comida en La Reine Pédauque. Hemos ido a Aubergenville. Denise se queda porque había invitado a Jean Vigué y su mujer.

Las lilas estaban en flor, la hierba está ya alta, pero me he prohibido disfrutarlo porque ahora me encuentro idiota, desde que he comprendido hasta qué punto había podido fastidiar a Gérard con mis descripciones.

Domingo, 26 de abril

Orquesta: Job, Breynaert y su hermana, Françoise Masse, Annick Bouteville. Denise ha tocado su concierto de Mozart y nosotros la acompañamos; dirigía Françoise.

* * *